

La vida política

El actual momento de locura nacional e internacional está produciendo en España los hechos más absurdos que quebrarán los cascos de los futuros historiadores cuando pretendan averiguar sus peculiares causas. Ya será difícil averiguar por qué una vez terminada la guerra ha empeorado en nuestro país la cuestión de las subsistencias con todas sus derivaciones. No baja nada y en cambio sube todo, aunque para vigilar este problema de la vida tenemos un ministerio de Abastecimientos y cuarenta ó cincuenta comisiones y juntas locales encargadas cada una de los artículos que se necesitan para extinguir el hambre y para la industria y la agricultura. En España continúan los efectos de la guerra como si ésta no hubiera terminado; han bajado enormemente los fletes y todos los artículos que se transportan por mar siguen tan caros como antes y lo que es peor tan escasos.

Las consecuencias no pueden menos de ser terribles; en todas las huelgas que paralizan nuestra actividad económica hay dos elementos: el revolucionario y el hambre; juntos ambos no pueden menos de causar graves perturbaciones sociales alentadas, además, con los ejemplos que ofrecen algunos pueblos de Europa.

No sabemos si por el estado en que han colocado a los espíritus los trastornos tremendos de la guerra ó porque existe una epidemia moral que nos contagia a todos, en la sociedad española entera se observa una perturbación que abarca desde las más altas clases a las más modestas y necesitadas. Embriagados unos por millones que les han proporcionado los negocios de la guerra y acosados otros por la miseria hemos llegado a un momento en que todo el mundo quiere imponer su voluntad por la fuerza menospreciando poderes, olvidando las leyes y atropellando cuantos intereses se opongan a su paso.

Desde arriba se predica la violencia y desde abajo se aplaude todo despiante que tenga por objeto destruir el organismo público en cualquiera de sus partes, debilitar la fuerza del Estado y pisotear las leyes. La fórmula de la justicia es hoy la siguiente para grandes y chicos: Queremos esta organización política y administrativa, queremos esta reforma social, queremos esta mejora de clase o corporación. ¿No se nos concede? Pues nos las tomaremos por la fuerza, por la violencia, por la resistencia más o menos pacífica, por actitudes pasivas, por todos los medios que el hombre ha inventado para hacer su voluntad o para imponer su opinión a los demás.

Esta es la actitud de todos los españoles en las actuales circunstancias, favorecida indirectamente por un gobierno sin mayoría y por unas Cortes compuestas de tal manera, que carecen de capacidad para realizar ninguna obra importante.

¿Cree alguien de buena fe que así podemos continuar? Estamos todos empeñados en una obra de división espiritual y material; al odio entre clases, cada vez más acentuado, estamos añadiendo el odio entre regiones, entre provincias, entre pueblos, y hemos llegado a mirarnos con acentuada hostilidad unos a otros, para cuya obra vamos desenterrando textos históricos que nos dividen, en vez de atennos a los que nos unen y nos han hecho grandes en el mundo.

Las clases inferiores, secundando este movimiento, se han dado a las mayores exageraciones y absurdos. Surgieron los bolcheviquis, y en todas las Casas del Pueblo de la Península se hizo la apología de todas las bestialidades rusas; aparecieron los espartacos, y ya está de moda el aceptar su programa en aquella parte que tiene de más radical y revolucionaria.

Las abstrusas y complicadas teorías de Carlos Marx se han simplificado en nuestros partidos obreros y quedan reducidas a la siguiente noble aspiración: La clase proletaria tomará las armas, formará el ejército y se dedicará a la destrucción de la burguesía. ¿Qué dirían el romántico Fernando Lasalle y el científico Marx si resucitasen y vieran las conclusiones a que han llegado los adeptos a sus doctrinas?

Es verdad que en lo internacional no es menor nuestra perturbación mental. Hay ayuntamiento rural de España que espera de Wilson la supresión de los consumos; hay quien intenta demostrar el hecho biológico de que la mitad de la provincia de Huelva es portuguesa, y por último ha surgido en cabeza española la estúpida idea de que nos conviene cambiar Ceuta por Gibraltar. En tales delirios de nuestro estraviado espíritu en estos momentos; sólo delirando se le puede ocurrir a un español que nos conviene colocar la bandera inglesa en medio de nuestra zona protegida de Marruecos.

Cuando la tensión de nervios pase y vuelvan a la normalidad nuestros ánimos, nosotros mismos nos asombraremos de las barbaridades que se nos han ocurrido y de las tonterías que hemos realizado en este primer cuarto del siglo XX.

Para desdicha nuestra los problemas que han surgido y los conflictos que nos hemos creado están agudizados y envenenados por el hambre nacional que todos los días causa deplorables efectos. A medida que el estado y los particulares han

ido aumentando la retribución de sus servidores los expendedores de los artículos más necesarios para la vida han ido subiendo los precios de modo que el sacrificio impuesto a la nación y a todo el que necesita los socorros personales de otro han resultado totalmente inútiles.

Ahora mismo para enjugar el déficit que han causado en los presupuestos las prodigalidades en los sueldos se plantea la cuestión del recargo en las contribuciones.

En el Consejo de Ministros verificado el lunes se acordó oír a los representantes de los gremios para resolver la cuantía con que habían de contribuir al imprescindible aumento de la tributación. Las palabras subrayadas son textuales de la nota facilitada por los ministros después del Consejo.

Se refiere este aumento de cuantía a la contribución industrial, se considera imprescindible y se nos amenaza con un empeoramiento de nuestra actual situación económica.

El aumento en la tributación de la industria tiene que reflejarse inmediatamente en los productos de modo que el consumidor debe renunciar por ahora a toda mejora en el precio de las subsistencias. Aunque parezca inverosímil la vida encarecerá con la subida los tributos y el encarecimiento de la vida tendrá su repercusión en el orden público.

Cuando Lerroux siguiendo a Costa, y antes de decidirse por poner en su programa el fusilamiento de espartacos y bolchevikis, se dedicaba a predicar que el problema de España era un problema de despensa, no podría presumir seguramente que una serie de catástrofes mundiales vinieran a darle la razón; hoy vamos por un camino en que la miseria pública va a constituir la única preocupación de los españoles y sino se remedia puede ser causa determinante de grandes catástrofes sociales.

Los procedimientos adoptados desde que la guerra comenzó hasta hoy han sido ineficaces para contener el mal; hay que variar de régimen; las tasas y las comisiones de todo género han servido para muy poco; hay que inaugurar una política de abastos enérgica y perfectamente meditada. La intranquilidad que produce el no poder vivir en un alicate para agriar todas las cuestiones políticas y sociales. El hambre produce los más disparatados propósitos y engendra la desesperación que es la peor consejera que puede tener el hombre en todas sus acciones.

EMILIO SÁNCHEZ PASTOR

Cotidianas

Hace ya algunos meses, dedicamos una Cotidiana a comentar el remedio simple que empleaban contra la gripe algunos médicos de los Estados Unidos, transigiendo con el empirismo de los remedios caseros. Nuestro comentario era jovial y un poco bromista, porque quien iba a creer en las propiedades terapéuticas de las cebollas!

Bueno; pues como la medicina no ha podido resolver aún el problema de la gripe, y esta enfermedad continúa haciendo de las suyas en distintos países de Europa y América, ya son muchos los Esculapios que recurren a la cebolla, perdida su fe en otra substancia de más alta categoría científica, y hasta han ensayado los ajos, parece que con éxito muy lisonjero.

Y ya no se trata sólo de los Estados Unidos. Un periódico italiano, *Il Messaggero*, ocupándose del asunto, cita el caso de una familia de campesinos, atacados de gripe todos sus miembros, los cuales se curaron del siguiente sencillísimo modo: puesta a hervir en una vasija cierta cantidad de ajos y cebollas, todos los enfermos aspiraron su vapor a pleno pulmón, y al poco tiempo había desaparecido la fiebre completamente.

También en Francia se ocupa la prensa del mismo remedio contra la gripe. *La Revue* dice en su último número: «Un médico militar que a su mucha modestia une la ciencia más experimentada, cura a los enfermos de influenza del hospital que tiene bajo su dirección, suministrándoles cada día, desde el comienzo de la enfermedad, 200 cm3 de jugo de cebolla picada, servida en tres tomas y en el té caliente. La fiebre desaparece a los dos días. Entre ochenta enfermos tratados de este modo, no hubo ninguna defunción. Uno solo, que había rehusado la tisana, vióse atacado de bronco-neumonía; aceptó entonces el remedio, y a los seis días, había vencido a la enfermedad.»

Recomienda la *Revue* que, además de las pociones indicadas, se apliquen sinapismos al torax.

Un colaborador de la revista *Nuova Antologia*, interesado por lo que leía en los periódicos sobre las propiedades maravillosas de la cebolla y teniendo enferma de gripe a una hija suya de seis años, quiso ensayar el experimento. Cortó varias tajaditas muy delgadas de cebolla, y después de lavarlas cuidadosamente, se las hizo comer a la enferma entre sorbo y sorbo de leche caliente. A las seis horas se había normalizado la temperatura!

No está de más recordar el ejemplo de aquella multimillonaria americana que, por excentricidad, prefería las cebollitas crudas a los bombones, y vivió cerca de cien años!

Claro que a los médicos habrá de molestarles extender una receta por este estilo:

Cebollas. 200 gm.

Ajos. 100 »

Una fórmula científica no puede parecerse sin desdoro para el médico que la suscribe, a una receta de cocina.

ARIEL

INTERPRETACIONES

Estoico-cristiano

La obra de Julio Antonio que en estos momentos admira Madrid presta actualidad, si vale decirlo, a las reproducciones estéticas de la muerte. El carácter español no es sin duda el que con menos certeza y vigor se ha esmerado en tales reproducciones.

Viendo por segunda vez el monumento funerario del ya célebre escultor, el recuerdo de otra obra, expresiva del dolor humano frente a la muerte, ha acudido a impresionarme. Lo cierto es que el niño yacente de Julio Antonio me lleva al fondo del cuatrocientos español y me hace oír las rítmicas frases de una composición poética que canta, como un español cristiano-estoico puede cantar, la melancólica fuga de la vida.

Me refiero a aquella elegía que Jorge Manrique hubo de componer la muerte de su señor padre, el Maestro de Santiago D. Rodrigo Manrique. Escritas las coplas con un fin ocasional, tal vez abandonadas a la suerte de un momento que hoy llamaríamos periodístico, encontraron no obstante un éxito perenne. El público las recibió como lo que propiamente eran: expresión sentida, veraz é inspirada del sentimiento y la idea de la sociedad culta española en los finales de la Edad Media.

La fortuna no se detuvo aquí, porque al pasar más de cuatro siglos encontramos los hombres modernos que las coplas de Jorge Manrique tienen un sabor tan vivo de actualidad, son tan profundas, tan dentro de nuestro espíritu, que las leemos como si estuviesen escritas por un poeta contemporáneo. Este fenómeno de florecimiento a través de los siglos no puede darse si no interviene en la obra artística el don de la eternidad. Y una obra de arte es eterna, siempre viva y floreciente, cuando refleja honda y sinceramente una realidad humana.

Las coplas de Jorge Manrique reflejan todo el sentimiento filosófico-religioso del siglo XV. Además reproducen la modalidad española de ese sentimiento cristiano-filosófico, y son así manifestaciones líricas que ponen al descubierto la idea y el sentir del alma española delante del problema de la muerte.

Nunca se repetirá bastantes veces que las ideas, aun las más sintéticas y claras, al pasar a la universalidad de los pueblos adoptan en cada país un tono diferente. Las diferencias es verdad que suelen ser sutiles, de mero matiz con frecuencia; pero los espíritus sagaces logran sorprender ese matiz y otorgarle el alto valor que en efecto tiene.

En las coplas de Jorge Manrique nada hay que no esté comprendido en la ideología cristiana de la Edad Media; hasta se ha pretendido hacer derivar algunas de sus estrofas de un poeta árabe de Andalucía. No; el valor de una obra poética no reside en su argumento ni en su estructura intelectual. Jorge Manrique no pretende acaso decir nada nuevo á propósito de la vida y de la muerte, y él sabe muy cierto que cualquier predicador contemporáneo será capaz de emitir las mismas ideas, casi con la misma ordenación, que las que llenan sus coplas.

Lo distintivo está en el tono. Está lo diferente en la manera de decir personal. En ese caso parece que el individuo se reconcentra todo él y se sume en un estado de iluminación que convierte a la persona en inconsciente; y de esta inconsciencia, que ya es un modo de impersonalidad, brota por milagro lo más personalista. Entonces no se vierte en la obra de arte sólo lo personal del autor; es lo personal de una raza y de un momento histórico lo que adquiere forma.

¿Se ha dicho en lenguaje castellano nada que exprese con tal firmeza, reciedumbre y varonil melancolía la idea estoica de la fugacidad de todo lo mundanal, como esa insuperada estrofa de la elegía de Manrique? Un pueblo entero está hablando en esas líneas rimadas.

Recuerde el alma dormida,
avive el seso, y despierte,
contemplando
cómo se pasa la vida,
cómo se viene la muerte
tan callando;
cuán presto se va el placer;
cómo, después de acordado
da dolor;
cómo, á nuestro parecer,
cualquiera tiempo pasado
fue mejor....

Probablemente existen obras literarias las cuales, al leerlas nosotros, no necesitan que evoquemos la persona del autor; otras obras, en cambio, es preciso que se revisitan de entonación especial y leyéndolas hacemos revivir un personaje responsable. En este caso, al recitar esa primera estrofa de la elegía, inevitablemente evocamos una persona que es la que íntimamente habla. Tan fuerte es la ilusión, que creemos de veras que alguien ajeno á nosotros se halla en espíritu dentro del libro. Y la imagen que nos figuramos es un caballero grave, marcial, noble, de elegante prestancia y con una vaga y viril tristeza sobre el rostro.... Es el que, mirándonos con sus ojos inteligentes y graves, nos aconseja:

Recuerde el alma dormida....

También imaginamos que su voz tiene que ser recia, y al mismo tiempo dulce. Es un tono de voz que merece calificarse con dos palabras: serenidad, melancolía.

Lo que nos dice Jorge Manrique tiene más importancia porque está dicho en aire civil; fuera una poesía religiosa pronunciada por un clérigo, y ya sería menos interesante. Pero dichas por un hombre de mundo, por un caballero que sabe esgrimir la espada y que conoce el lujo y el placer del siglo, las palabras suenan entonces á verdadera voz de la raza.

Es el tiempo en que el Renacimiento vuela ya como una brisa augural sobre Europa. Es ese instante de conjunción de dos tendencias, que hace del final del siglo XV una cosa tan fina, decadente y humana de rara inquietud. Las coplas de Jorge Manrique expresan como ninguna otra manifestación literaria la vaguedad de ese momento en España. Es una poesía de líneas góticas; pero el Renacimiento florece entre sus partes y se insinúa en ciertos adornos. La misma forma tiene una inclinación á lo perfecto, á lo elevado del clasicismo.

Nuestras vidas son los ríos
que van á dar en la mar,
que es el morir;
allí van los señorios
derechos á se acabar
y consumir....

Esto tiene, seguramente, una redondez renacentista; algo como un modelado suave y firme de arte cullo, experto. La ojiva adquiere la comba del arco gracioso, y los versos, en efecto, están «rodando», con un movimiento elocuente de ríos que corren majestuosos hacia el mar.

La imagen de la fugacidad de las cosas tienta sobre todo al poeta y le hace insistir en ello una vez y otra vez.

... ¿Qué fueron, sino verduras
de las eras?...
... ¿Qué fueron, sino ríos
de los prados?...

Pero no esperemos del poeta que se descomponga en gestos y gritos, en tropos y exageraciones. El barroquismo se halla muy lejos aun. Ese eminente caballero cuida de lo más caro á la aristocracia: la compostura. Su tristeza está dicha con una gravedad llena de contenciones. Arrastra además un dejo «ojival». El cristianismo la impregna toda. Finalmente, la tristeza recibe el contacto del alma española, y así la elegía se completa hasta hacerse representación poética del fondo estoico-cristiano de la raza.

José M. SALAVERÍA

El matrimonio de Berlioz

Por el año 1828 llegó á París el joven músico alemán Fernando Hiller, quien no tardó en contraer estrecha amistad con Hector Berlioz. Este, que tras de duras luchas había logrado dedicarse á la música, tenía de su aria el más alto concepto, pero le faltaron los conocimientos musicales más profundos. Hiller se encargó de completarle en este sentido no tan sólo los conocimientos musicales, sino también los literarios del amigo.

Lo que en este tiempo ocupaba por completo el corazón y la fantasía de Berlioz, fué su pasión avasalladora por una joven actriz, inglesa, miss Smithson, la dama joven de una compañía dramática que daba á conocer á los parisenses la hermosura de la poesía de Shakespeare. Héctor Berlioz sucumbió al encanto de su Julia. Desdénona Ofelia; la escribió ardientes misivas amorosas, pero la adorada no las aceptó y se marchó de París sin que Berlioz hubiera logrado la ansiada entrevista.

Afortunadamente recibió el artista por aquel tiempo el premio de Roma, que le obligó á permanecer tres años en Italia. Sin embargo, permaneció viva su pasión por miss Smithson, que en efecto encontró la solución por él deseada. La artista había vuelto á París como directora de una compañía dramática, á la época en que Berlioz, de vuelta de Italia, dispuso un concierto en que estrenó su sinfonía «Episodio de la vida de un artista».

Miss Smithson, interesada en oír una obra, cuyo protagonista era ella, asistió al concierto y fué entonces cuando los dos se hablaron por primera vez. La pasión, mal dominada, despertó de nuevo en Berlioz, quien allanando todas las dificultades que se oponían al deseado enlace, logró efectuarlo en octubre del año 1833. Testigos de acto fueron Fernando Hiller y Enrique Heine, el gran romántico alemán, convertido ya entonces en céptico incurable, y á quien un contemporáneo francés designó como el más espiritual de los parisenses.

Por desgracia, los presentimientos de los amigos fueron justificados; los esposos se separaron al cabo de pocos años. La falta de mutua comprensión fué exacerbada aun por hablar cada uno muy defectuosamente el idioma del otro. Berlioz, sin embargo, cuidó de harriet hasta la muerte de ésta, acaecida en el año 1854.

LA VANGUARDIA recuerda que no puede devolver los originales de trabajos no encargados que se le envían para su publicación, ni mantener correspondencia acerca de los mismos.